

turalista inexperto, el cual, tan pronto como se aventura á «tocar al alma», ésta se le desliza entre los dedos. No; tenemos abierto el camino á nuevas configuraciones y sutilizaciones de la hipótesis del alma: conceptos semejantes al de «alma mortal» ó «alma como pluralidad de sujetos» ó «alma como sistema social de instintos y de afectos», pretenden ya derecho de ciudadanía en la ciencia.

El psicólogo moderno, al extirpar las preocupaciones que hoy pululan como lujuriosa vegetación de los trópicos en torno al concepto del alma, hallaráse ciertamente transportado á un nuevo desierto, y lanzará en su derredor una mirada de desconfianza: es posible que los antiguos psicólogos hayan salido del paso con mayor facilidad y alegría; los modernos veránse condenados á *inventar* y ¿quién sabe? tal vez á *hallar*.

13. Los fisiólogos deberían reflexionar mucho antes de admitir el instinto de la propia conservación, como instinto cardinal de los seres orgánicos.

Antes que todo, el viviente apetece manifestar su propia fuerza: la vida misma es la voluntad de poder. La propia conservación no es más que una consecuencia indirecta y muy frecuente.

En una palabra: aquí, como siempre, guardémonos de principios teleológicos superfluos, entre los cuales está el instinto de la propia conservación (que debemos á la inconsecuencia de Spinoza). Así lo exige el método, que significa principalmente parsimonia de principios.

14. Cinco ó seis cerebros comienzan hoy á albergar la idea de que también la física no es más que una interpretación del mundo á la medida de nuestros de-

seos, una adaptación del universo á los mismos, pero no una interpretación del universo. Sin embargo, en cuanto que la física se funda en la fe de los sentidos, tiene valor y por mucho tiempo hará veces de explicación. En favor de ella atestiguan los ojos y los dedos, la evidencia y lo palpable; y todo esto fascina, persuade, convence á una generación de gustos fundamentalmente plebeyos: la física vivirá porque sigue instintivamente el canon de la verdad de un sensualismo eternamente popular. ¿Qué es lo evidente? ¿Qué es lo demostrado? Aquello que se deja ver y tocar: hasta aquí debe avanzar todo problema. Viceversa, precisamente en la repugnancia contra la caducidad de los sentidos consistía el encanto de la filosofía platónica, la cual era una filosofía aristocrática, tal vez en medio de hombres que podían jactarse de tener los sentidos más vigorosos y refinados que nuestros contemporáneos, pero que consideraban como mayor triunfo el hacerse dueños de los sentidos, enredando su vortical torbellino por medio de pálidos, fríos y grises conceptos: «la plebe de los sentidos», solía decir Platón. Proporcionábales un exquisito goce el sujetar el mundo á la interpretación platónica, tan diversa de la que nos ofrecen los físicos de hoy con los darwinistas y antiteologistas y los fisiólogos con su principio de la «fuerza mínima y de la estupidez máxima». «Cuando el hombre ve y toca, ya no necesita investigar más»; este imperativo es muy diverso del platónico, mas para una generación ruda y trabajadora, para los mecánicos y constructores de las fuentes del porvenir, los cuales tienen que hacer un trabajo bastante grosero, será quizá el único imperativo categórico.

15. Para hacer fisiología concienzuda conviene,

ante todo, tener presente que los órganos de los sentidos no son meros fenómenos; como tales, no podrían ser causas. ¡Hay que admitir el sensualismo á lo menos como hipótesis directiva, si no se quiere admitirle como principio eurístico! ¿Cómo hay quien asegure que el mundo exterior es obra de nuestros órganos? Mas entonces también nuestro cuerpo, parte integrante del mundo exterior, sería obra de nuestros órganos. ¡Y en tal caso nuestros órganos mismos serían obra de nuestros órganos! ¡Esto me parece una radical *reductio ad absurdum*, puesto que el concepto *causa sui* es contradictorio. De consiguiente, el mundo exterior no es obra de nuestros órganos.

16. Siempre hay algunos ingenios observadores del propio ser que crean que pueden existir certezas inmediatas, como por ejemplo, «yo pienso», ó bien, según la sustitución de Schopenhauer, «yo quiero», como si fuese posible aprender puro y desnudo el objeto en cuanto cosa *in se* y cuya visión no esté falseada ni por parte del sujeto ni por parte del objeto mismo. Pero digo y repito, que la «certeza inmediata», lo mismo que la «noción absoluta» y la «cosa in se», encierran una *contradictio in adjecto*; y que ya es hora de sustraerse al encanto de las palabras. Dejad creer al pueblo que el saber equivalga á conocer á fondo; el filósofo debe decirse á sí mismo: Si yo analizo el procedimiento expresado en la frase *yo pienso*, obtendré una serie de audaces afirmaciones las cuales me será difícil, ó tal vez imposible demostrar, por ejemplo, que el propio *yo* piense, que en general deba existir algo pensante, que el pensar sea una actividad y efecto de un ser pensado como causa, que exista, por último, un *yo*, que esté claro qué cosa es el pensar, que yo sepa

qué cosa es el pensar. Si yo no estuviere tan preocupado, ¿cómo podría demostrar que el suceso de un momento sea «un pensar y no un querer ó un sentir»? En una palabra, la frase «yo pienso» presupone que yo compare mi estado actual con otro estado ya conocido, para poder determinarlo; pero tal comparación no puede ser considerada por mí como «certeza inmediata». El vulgo podrá creer aquí en la certeza inmediata, pero el filósofo se halla delante de una serie de cuestiones metafísicas, verdaderos casos del entendimiento, como son los siguientes: ¿De dónde he tomado el concepto pensar? ¿Por qué creo en la causa y en el efecto? ¿Qué cosa me confiere el derecho de hablar de un yo, y de un «yo que es causa», y, por último, de «un yo que es causa de pensamientos»? El que tuviese la audacia de apelar á una especie de intuición para responder en el acto á tales preguntas como hace el que dice «yo pienso y sé que á lo menos esto es verdadero, real y cierto», leería en el semblante de un filósofo moderno una sonrisa y dos puntos interrogativos: «Señor mío—le diría el filósofo—es inverosímil que no os engañéis; y entonces, ¿por qué queréis la verdad á toda costa?»

17. Por lo que concierne al prejuicio de los lógicos, no me cansaré nunca de poner en relieve un breve hecho que estos espíritus supersticiosos confiesan de mala gana; quiero decir, que un pensamiento viene cuando «él» quiere, no cuando «yo» quiero; de tal manera, que sería falsear la verdad del hecho el asegurar que el sujeto «yo» es la condición del predicado «pienso». «El» piensa, pero que este «él» deba ser el famoso antiguo «yo», no es más que una suposición, una afirmación gratuita, todo menos una certeza»

inmediata». Y aun digo que «él» es no poco comprometedor, porque este «él» contiene en sí una interpretación del procedimiento del pensar y no se pertenece á sí mismo. En fuerza de la costumbre gramatical, creemos que «el pensar es una actividad», y como para toda actividad se requiere «algo que sea activo», de consiguiente el atomismo de otros tiempos buscaba junto á la «fuerza eficiente» el granito de «materia», el «átomo», en el cual reside y del cual se irradia la actividad de aquella fuerza. Pero ya cerebros más serios aprendieron á pasarse sin este último «postulado terrestre», y quizá algún día se habituarán los lógicos á pasarse sin este pequeño «él», en el cual hemos visto volatilizarse el honrado y antiguo «yo».

18. No es el menor atractivo de una teoría el ser confutable; precisamente por esto engolosina á los cerebros más finos. Paréceme que la teoría, cien veces refutada, «del libre albedrío» no subsiste sino en virtud de tal atractivo: siempre llega alguno de refresco que se siente con fuerza bastante para refutarla.

19. Los filósofos suelen hablar de la voluntad como si fuese la cosa mejor conocida del mundo; así Schopenhauer nos enseña que la voluntad nos es conocida por sí misma, y conocida completamente, sin faltas ni sobras. Pero me parece que también en este caso procedía Schopenhauer según el método de todos los filósofos; es decir, que se apropió un prejuicio popular exagerándolo. El querer se me aparece como algo complicado, algo que sólo tiene unidad en la palabra, en la cual tiene sus raíces el prejuicio popular que se

aprovecha de la eterna imprevisión de los filósofos. Seamos, pues, más cautos, menos filósofos, y digamos: en primer lugar, toda voluntad comprende una pluralidad de sensaciones, es decir, la sensación de un estado del cual se quiere alejarse, y la de un estado en el cual se desea hallarse; luego la lucha entre estas dos sensaciones; además una sensación muscular, la cual, sin agitar brazos y piernas, por una especie de costumbre, resulta activa en cuanto «queremos». Y no sólo debe reconocerse como ingrediente de la voluntad el sentir, y un sentir múltiple, sino también el pensar: en todo acto de la voluntad hay un pensamiento dominante; y no se crea que pueda separarse del «querer» este pensamiento, pues entonces, no quedaría nada de la voluntad. En tercer lugar, la voluntad no es sólo un complejo de sensaciones y de pensamientos, sino también un afecto, y precisamente el de mandar. Lo que se llama libre albedrío es esencialmente el sentimiento de superioridad respecto de quien debe obedecer: «yo soy libre, él debe obedecer»; esta conciencia se halla en toda voluntad y también se halla la atención intensa, la mirada recta dirigida á una sola cosa, la estimación inmediata «ahora es menester esto y no lo otro», la íntima certidumbre de que se hallará obediencia. Finalmente, todo lo que es propio de quien manda. Un hombre que *quiere*, manda á alguna cosa dentro de sí mismo, la cual obedece, ó á lo menos suele obedecer.

Y ahora, considérese lo que hay de más extraño en la voluntad, en esta cosa múltiple que el vulgo designa con una sola palabra: como nosotros somos á un tiempo los que mandamos y los que obedecemos, y al obedecer experimentamos las sensaciones de la constricción, de la opresión, de la resistencia, que suelen

seguir al acto de la voluntad; y como, por otra parte, estamos acostumbrados á pasar por alto sobre esto y á engañarnos acerca de este dualismo en virtud del concepto sintético «yo», hase atribuido al «querer» toda una cadena de conclusiones desvariadas y de estimaciones falsas de la voluntad; de manera que el que *quiere*, cree de buena fe que la voluntad basta para la acción. Como en la mayor parte de los casos no se *quiso* sino cuando podía esperarse un efecto del mandato, es decir, la obediencia, la acción, por eso acontece que la apariencia se ha convertido en el sentimiento de la *necesidad de defecto*; en una palabra, el que quiere, cree con suficiente grado de certeza que voluntad y acción son una misma cosa, y atribuye el éxito, atribuye la ejecución de su querer á la voluntad misma, y de este modo se aumenta en él aquel sentimiento gozoso del poder, sentimiento que nace del éxito. «Libre albedrío» es la palabra que expresa el conjunto de sensaciones agradables de aquel que quiere, de aquel que manda, y que se identifica con aquel que ejecuta, y que como tal divide la alegría del triunfo sobre las resistencias, juzgando en su fuero interno que su voluntad las ha vencido.

De esta manera, el que *quiere* confunde las sensaciones agradables de quien manda con las de quien ejecuta, con las de tantas voluntades ó subánimas que están á su servicio, ya que nuestro cuerpo no es más que un sistema social de muchas almas.

*L'effet c'est moi*: acontece aquí como en una sociedad bien ordenada y próspera, en la cual el soberano se identifica con el bienestar de la república. Siempre que se *quiere*, se trata de mandato y de obediencia sobre la base de un sistema social de muchas «almas», por lo cual un filósofo debería reclamar para sí el de-

recho de considerar el «querer» en sí mismo desde el punto de vista de la «moral»; de la moral, en cuanto doctrina de las relaciones de dominio y obediencia, en las cuales tiene origen el fenómeno «vida».

20. Que las concepciones filosóficas no sean arbitrarias, no sean cosa que nace de sí misma, sino que, antes bien, crezcan en correlación y afinidad entre sí, y que cada concepto, aunque aparezca de improviso en la historia del pensamiento, pertenezca á un sistema, de la misma manera que cada especie animal pertenece á su fauna, esto se manifiesta precisamente en la seguridad con que los filósofos de las escuelas más desvariadas saben llenar cierto esquema fundamental de las filosofías posibles. Como atraídos de un encanto invisible, recorren nuevamente la misma órbita, y aun cuando se sientan independientes entre sí por la voluntad crítica ó sistemática, siempre hay en ellos algo que los guía, que los incita á moverse con paso cadencioso el uno detrás del otro, lo cual consiste en el sistema innato, en la afinidad de los conceptos. En último término, su pensar no es tanto un descubrimiento, como un recuerdo, como una reminiscencia, como un retorno á la lejana y antiquísima economía compleja del alma, en donde aquellos consejos tuvieron su primer origen: en tal sentido, el filosofar es una especie de atavismo de altísimo grado.

La extraña semejanza que tienen entre sí las filosofías india, griega y germánica, fácil es de demostrar. Precisamente donde subsiste una afinidad de lenguaje, es absolutamente inevitable que, gracias á la común filosofía de la gramática, quiero decir, gracias á la inconsciente dirección de iguales funciones gramaticales, no esté predispuesto todo *à priori* para un desen-

volvimiento análogo de los sistemas filosóficos, así como parecen cerradas para la interpretación del universo ciertas otras vías.

Los filósofos del territorio lingüístico *uralo-altáico* (donde el concepto del sujeto tuvo su menor desarrollo), verán probablemente las cosas del mundo de muy diversa manera que los indo-germanos ó los musulmanes; el impulso de ciertas funciones gramaticales, no es al fin y al cabo otra cosa que la influencia de los valores fisiológicos y de las condiciones de raza. Con esto hay bastante para refutar la superficialidad de Locke acerca del origen de las ideas.

21. La *causa sui* es la más hermosa contradicción que haya sido inventada; es una especie de estupro de la lógica, es algo *contra natura*; pero el desmesurado orgullo del hombre llegó á envolverse profunda y terriblemente en esta cosa sin sentido.

El deseo de la «libertad de la voluntad» en el entendimiento superlativamente metafísico que todavía reina hoy demasiado en los cerebros semidoctos; el deseo de atribuirse á sí mismo toda la responsabilidad de sus propios actos, descargando de ella á Dios, al mundo, á los antepasados, al acaso, á la sociedad, no es en último término otra cosa que el deseo de ser uno «causa sui» y de levantarse uno á sí mismo por los cabellos, con una audacia más que quijotesca, desde el pantano de la nada hasta la existencia de las cosas.

Y si alguien se percata de la sencillez campesina del famoso concepto «libre albedrío», y lo cancela en su cerebro, yo le rogaría que avanzase un paso más y que cancelase también en su cabeza el concepto opuesto, es decir, «la voluntad no libre», el cual no es sino un abuso de causa y efecto. No se cometa el

error de hacer condicionados la causa y el efecto, como acontece á los naturalistas y á los que siguen su método, á los cretinos mecanistas, los cuales quieren que la causa pugne hasta producir un «efecto». Menester es servirse de la «causa y del efecto» como de puros conceptos, esto es, como de ficciones convencionales para indicar y clasificar, mas no para «explicar».

En el «in se» no hay «nexos causales», no hay «necesidad», no hay «determinismo psicológico»; allí el «efecto» no es una consecuencia de la «causa»; allí no manda ninguna «ley». Nosotros, nosotros solos, hemos inventado las causas, las sucesiones, la relatividad, la necesidad, el número, la ley, la libertad, el motivo, el fin, y si mezclamos á las cosas reales este mundo de señas convencionales, será que continuemos haciendo mitología, como la hicimos siempre hasta el día de hoy. En la vida real no existen más que voluntades *fuertes* y voluntades *débiles*. Casi siempre puede tacharse de imperfecto pensador al que ve en todo «nexo causal», en toda «necesidad psicológica», una determinación, una obligación, un deber de obediencia, una presión, una falta de libre albedrío.

Este modo de sentir manifiesta la indole del individuo que así piensa. Y, en general, si mi observación no me engaña, el «determinismo psicológico» es mirado bajo dos puntos de vista opuestos, pero ambos muy personales: los unos no quieren despojarse de su propia «responsabilidad», de la fe «en sí mismos», del derecho personal á sus propios «méritos» (á éstos pertenecen las razas vanidosas); los otros, por el contrario, no quieren responder de nada, rechazan todo mérito y toda culpa, y movidos de cierto íntimo desprecio de su propio ser, procuran descargar en otro toda su responsabilidad.

Estos últimos, cuando escriben hoy libros, monopolizan la defensa de los delincuentes; una especie de compasión socialista es la máscara que más les agrada. Realmente, el fatalismo de los flacos de voluntad se embellece maravillosamente cuando sabe presentarse como «la religión del dolor humano»; en esto consiste su «buen gusto».

22. Perdónese á un viejo filólogo si no puede menos de poner al desnudo ciertas malignas y artificiosas interpretaciones; aquel «conformarse de la Naturaleza á sus leyes», de lo cual vosotros los físicos habláis con tanto orgullo como si..., no existe, sino en virtud de vuestra interpretación y de vuestra maligna «filología»; no es un hecho positivo; no es un «texto», sino solamente una adaptación ingenuamente humanitaria, una alteración del sentido, con lo cual creéis satisfacer á los instintos democráticos del alma moderna. «Igualdad universal ante la ley»; la Naturaleza en esto no es de mejor condición que nosotros; pero quedados en la cabeza un segundo pensamiento, en el cual se esconde la aversión plebeya contra todo lo privilegiado é independiente, sirviendo de máscara á una especie de ateísmo refinado.

«Ni Dios ni dueño»—he aquí lo que vosotros queréis; por eso decís, «¡viva la ley natural!»—¿no es verdad? Pero, como ya he dicho, esta es interpretación, no es texto; y podría suceder muy bien que saliese alguno á la palestra con aparatos y artificios de interpretación opuestos á los vuestros; y de aquella misma naturaleza, de aquellos mismos fenómenos sabría derivar precisamente el triunfo tiránico é inexorable de la fuerza; y os demostraría con tal evidencia, que la voluntad de dominar, es la regla absoluta y sin excep-

ción, que todos los vocablos y hasta la palabra «tiranía», resultarían impropios y parecerían blandas metáforas demasiado humanas; y este intérprete llegaría después á vuestras mismas conclusiones, es decir, juzgaría que este mundo sigue un curso «necesario» y «calculable»; pero no ya porque esté regido de leyes, sino porque carece en absoluto de ley, y toda fuerza en todo momento alcanza sus últimas consecuencias.

Y suponiendo que también este «texto» no sea más que una interpretación—y vosotros os apresuraréis á hacerme esta objeción, ¿no es verdad?—pues bien, tanto mejor.

23. Toda la psicología vióse hasta hoy embarazada de prejuicios y aprensiones morales, y nunca osó descender á la profundidad. Concebirla, según yo la concibo, como «Morfología y evolucionismo de la voluntad de dominar», esto á ninguno pasó por las mientes ni aun en sueños. La autoridad de los prejuicios morales ha penetrado profundamente en el mundo más intelectual, en el más frío, y al parecer más despreocupado; y como era natural, corrompió, oprimió, cegó y falseó las ideas. Una verdadera fisiopsicología tiene que luchar con resistencias radicadas en el corazón mismo del investigador, tiene por adversario al corazón; ya la doctrina de la recíproca condicionalidad de los buenos y malos instintos, es penosa y repugnante para una conciencia todavía robusta y valerosa, que la considera como una inmoralidad refinada; y tanto más lo será una doctrina que hace derivar todos los buenos instintos de los malos. Mas suponiendo que alguien llegase á considerar los afectos de odio, envidia, codicia, ambición, como afectos condicionantes de la vida, como algo que debe existir necesariamente cual

principio y creencia, en la economía universal de la vida, y que por esto es susceptible de una potencialidad todavía mayor, éste sufriría mareos con una tal dirección de su juicio. Y, sin embargo, esta hipótesis no es aún la más penosa y la más extraña en el reino infinito y casi inexplorado de nociones peligrosas; y realmente, buenos motivos para mantenerse lejos abundan á centenares... para quien puede. Por otra parte, si nuestra nave fuese llevada hasta allá, tanto mejor; ¡apretad los dientes!, ¡abrid bien los ojos!, ¡la mano firme en el timón!, porque nuestra nave pasa más allá de la moral; porque pisamos y tal vez destruimos los últimos vestigios de nuestra propia moralidad; porque nos aventuramos en este rumbo; pero, ¡qué importa de nosotros! Lo que importa, es que ante los atrevidos exploradores y aventureros, se han abierto las puertas de un mundo de conocimientos más profundos; y el psicólogo que se dispone á tal «sacrificio»—el cual no es ciertamente «sacrificio del entendimiento»—á lo menos podrá pretender que se reconozca nuevamente á la psicología el primer lugar entre las ciencias, las cuales la sirvan de preparación. Porque entonces la psicología será de nuevo el camino que conduce á la investigación de los problemas fundamentales.

## CAPITULO II

## EL ESPÍRITU LIBRE

24. ¡O sancta simplicitas! ¡En medio de cuán extraña simplicidad, en medio de cuánta falsedad, vive el hombre! No concluye uno de maravillarse, cuando llega á ver tal prodigio. ¡Cómo hemos sabido hacer claras, libres, fáciles y sencillas todas las cosas que nos rodean! ¡cómo hemos sabido conceder á nuestros sentidos un pasaporte para toda superficialidad, y á nuestro pensamiento un deseo divino de saltos caprichosos y de conclusiones desvariadas! ¡cómo hemos sabido ya desde el principio conservar nuestra ignorancia para gozar de una libertad, de una imprevisión, de una seguridad y descuido, de una serenidad casi inconcebibles! y todo, ¡para gozar de la vida! Sobre las bases sólidas é inmovibles de la ignorancia pudo fundarse hasta el día de hoy la ciencia; pudo fundarse la voluntad de saber sobre la base de una voluntad mucho más poderosa, la voluntad del no saber, de la incertidumbre, de la mentira. ¡Y no como un opuesto, sino como una perfección y refinamiento! ¡Cómo nos cambian y truecan las palabras en la boca! *El lenguaje*, que no sabe librarse de su batahola y que nos habla de opuestos donde no hay más que diferencia de grados, y la hipocresía de la *moral* que ha penetrado irremisiblemente en nuestra carne y en nuestra sangre! De cuando en cuando nos acordamos de esto y nos reímos en nuestro interior al pensar que la